

## Parte VI



## Visiones cortesianas

# **I** | **Hernán Cortés: su larga lucha en busca de la eternidad**

ESTEBAN MIRA CABALLOS<sup>1</sup>

MIEMBRO CORRESPONDIENTE EXTRANJERO DE LA ACADEMIA DOMINICANA DE LA HISTORIA Y DEL INSTITUTO CHILENO DE INVESTIGACIONES GENEALÓGICAS

SUMARIO: *Introducción; I. El origen del mito; II. La perpetuación del mito; III. La realidad no era tan heroica; Conclusión; Bibliografía.*

## **Introducción**

En torno a la historia del descubrimiento y de la conquista de América se ha creado un halo mitificador que ha pretendido señalar a sus protagonistas como seres excepcionales. Unos prohombres, como Cristóbal Colón, Hernán Cortés o Francisco Pizarro, que hicieron posible la *proeza*. Y dentro de la conquista, la figura de Hernán Cortés ha sido la que ha encabezado esta historia sagrada.

La mayor cualidad del metellinense Hernán Cortés no fue su capacidad estratégica sino, como sostuvo Salvador de Madariaga hace varias décadas, su genialidad política.<sup>2</sup> Sus dotes diplomáticas, su capacidad de seducción y su visión de futuro iniciaron la forja un mito que ha tergiversado la realidad. En buena parte sigue siendo en nuestros días un personaje legendario, para unos en positivo, es decir, un héroe, comparable a los clásicos griegos y romanos, y para otros, en su versión más negativa, es decir, un villano traidor y codicioso.<sup>3</sup> Ambas visiones, lo mismo la dorada que la negra, forman dos extremos estereotipados de la realidad. Y es que la fascinación que el propio personaje ha ejercido ha sido tal, que no ha dejado indiferente a casi nadie. Un embrujo

<sup>1</sup> Doctor en Historia de América por la Universidad de Sevilla, email: caballos1@gmail.com

<sup>2</sup> Madariaga, Salvador de, *Hernán Cortés*, Buenos Aires, Austral, 1958, p. 15.

<sup>3</sup> Duverger, Christian, *Hernán Cortés. Más allá de la leyenda*, Madrid, Taurus, 2013, p. 27.

que ha atrapado reiteradamente a sus biógrafos, lo mismo a los del siglo XVI que a los del XXI.<sup>4</sup>

Ello impide el acercamiento a la persona de manera que muchas de sus actuaciones, calificadas de genialidades casi providencialistas, eran en realidad formas de proceder de amplia raigambre histórica. Unos precedentes que se remontaban a la reconquista, a las exploraciones portuguesas del siglo XV, e incluso, más cercanamente en el tiempo, a la conquista de las islas Canarias y de las Grandes Antillas.

## I. El origen del mito

Tras llegar a Veracruz, teniendo ya noticias fidedignas de una gran confederación liderada por Tenochtitlan, el metellinense comenzó otra batalla en paralelo: la dialéctica, con la que pretendía justificar sus actos y dar a conocer su hazaña al Emperador, al Papa y al mundo. En su *Segunda Carta de Relación* llegó a sugerir a Carlos V que se erigiese en emperador de aquellas tierras lo cual –decía– no sería menos meritorio que la Corona Imperial de Alemania.<sup>5</sup> Y es que muchos de los conquistadores tuvieron conciencia de las proezas que protagonizaban lo que les empujaba lo mismo a tomar posesión de un valle que de un océano, como hizo Vasco Núñez de Balboa en 1513.

Es indudable que el metellinense pensó en su reputación presente y en la futura, por lo que se encargó personalmente de crear su propio mito y de perpetuarlo. Estaba convencido de que su gesta no fue menos memorable que la de sus admirados Alejandro Magno o Julio César.<sup>6</sup> Probablemente conocía la obra del César desde su estancia en Salamanca, pero, en cualquier caso, éste era por aquel entonces casi una leyenda popular, por lo que no hacía falta haberlo leído para admirarlo.<sup>7</sup>

Como ya hemos afirmado, después de la caída de Tenochtitlan se dedicó por igual a sus empresas en el Mar del Sur y a la forja de su leyenda. Para ello usó todos los instrumentos a su alcance; lo mismo enviaba emisarios a España con sus misivas que acudía personalmente a la corte, siempre bien provisto de numerario para ganar más fácilmente la voluntad del más escéptico.<sup>8</sup>

Pero el instrumento más poderoso en ese proceso de construcción del mito fueron sus *Cartas de Relación*. Se trata de cinco extensas misivas dirigidas a Carlos

<sup>4</sup> Bennassar, Bartolomé, *Hernán Cortés. El conquistador de lo imposible*, Madrid, Temas de Hoy, 2002, p. 21.

<sup>5</sup> Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, ed. de Mario Hernández, Madrid, Historia 16, 1985, p. 80. Cit. también en Elliott, John H., “El encuentro entre dos mundos”, en *Hernán Cortés y México*, Sevilla, Diputación Provincial, 2000, p. 23.

<sup>6</sup> Bernal Díaz lo comparaba con el macedonio Alejandro Magno pero por los textos del propio metellinense se deduce que él se identificaba más con Julio César. Bennassar, *Ob. Cit.*, pp. 307-308.

<sup>7</sup> Aracil Varón, Beatriz, *Yo don Hernando Cortés. Reflexiones en torno a la escritura cortesiana*, Madrid, Iberoamericana, 2016, pp. 99-101.

<sup>8</sup> Bennassar, *Ob. Cit.*, p. 251.

V, aunque la primera está perdida por lo que se suele publicar en su lugar la carta del cabildo de Veracruz del 10 de julio de 1519.<sup>9</sup> Esta última es un alegato justificando su decisión de romper con Diego Velázquez a quien se presenta como una persona oscura, cegada por la codicia, frente a él que es un garante del interés del Emperador y de Dios.<sup>10</sup> Obviamente a nadie extraña que, en ellas, y de manera deliberada, se omitan hechos y nombres, evitando aludir a decisiones cuestionables, atribuyéndose en cambio todo el mérito en las acertadas.<sup>11</sup> Algo de lo que fueron conscientes sus propios contemporáneos; de hecho, Gonzalo Fernández de Oviedo aludió a la sagacidad del metellinense para *novelar e traer a su propósito confabulaciones*, siempre en beneficio propio.<sup>12</sup>

Como ya hemos afirmado, sus *Cartas de Relación* están en el origen del mito, lo que se discute es si realmente fue éste su propósito.<sup>13</sup> A mi juicio es probable que esta intencionalidad pueda retrotraerse a 1519 aunque sí que está totalmente probada en sus últimos años en España. Lo cierto es que estos escritos causaron un gran impacto pues era la primera vez que un lector occidental tenía noticias de la existencia de una gran civilización al otro lado del océano Atlántico.<sup>14</sup> En ese texto destaca de sí mismo tres cualidades, casi sobrenaturales:

En primer lugar, su heroísmo militar, su arrojo en la batalla, encabezando siempre a sus hombres en las actuaciones más peligrosas.<sup>15</sup> Y por supuesto, se encarga de señalar muy especialmente sus brillantes estrategias bélicas en todas las contiendas, desde Centla hasta el cerco final de Tenochtitlan.<sup>16</sup> Ahora bien, de manera interesada no disminuye la bizarría de estos para no empequeñecer sus victorias, de forma que por mucho daño que recibían los defensores de Tenochtitlan *no dejaban de seguirnos hasta vernos fuera de la ciudad*.<sup>17</sup> Obviamente, ni cita a su hueste, algo que le reprochará Bernal Díaz del Castillo, ni tampoco a la notabilísima participación indígena.<sup>18</sup>

En segundo lugar, muestra su empatía y comprensión con los naturales, así como su carácter pactista. El mismo recalca su intención de pactar a toda costa antes que hacer la guerra, por lo que plantea la matanza de Cholula como

<sup>9</sup> Cortés, *Ob. Cit.*, pp. 37-76.

<sup>10</sup> Decía que Velázquez solo quería *rescatar oro* mientras que él siempre pretendió *conquistar la tierra y ganarla y sujetarla a la Corona Real de Vuestra Alteza*. *Ibidem*, p. 41.

<sup>11</sup> Vaca de Osmá, José Antonio, *Hernán Cortés*, Madrid, Espasa Calpe, 2000, pp. 321-322.

<sup>12</sup> Cit. en Elliott, John H., *España y su mundo 1500-1700*, Barcelona, Taurus, 2018, pp. 64-65.

<sup>13</sup> Rubial García, Antonio, "Hernán Cortés. El mito. Creación, desarrollo, decadencia y transformación de una figura heroica", en *Miradas sobre Hernán Cortés*, María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer, Coords., Madrid, Iberoamericana, 2016, p. 205.

<sup>14</sup> Aracil, *Yo don Hernando Cortés*, p. 12.

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 102.

<sup>16</sup> Sobre las diversas estrategias usadas en el proceso de conquista de la confederación mexicana puede verse el trabajo de González, Juan Bautista, "El juego de la estrategia en la conquista de América", *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Universidad, 1986, pp. 67-87.

<sup>17</sup> Cortés, *Ob. Cit.*, 1985, p. 242.

<sup>18</sup> Oudijk, Michel R. y Matthew Restall, *Conquista de buenas palabras y de guerra: una visión indígena de la conquista*, México, UNAM, 2013, p. 18.

defensiva o insiste en sus intentos de evitar la destrucción de Tenochtitlan. Asimismo, subraya sus pactos y adhesiones con los naturales, a sabiendas de que esa fue una de las claves de la derrota de Triple Alianza.<sup>19</sup> Concretamente en la *Tercera Carta* alude a los pueblos rivereños del lago Texcoco, como Xochimilco, que eran –dice él– esclavos de los mexicas y que se sumaron a la ofensiva.<sup>20</sup> Incluso en su *Cuarta y Quinta Relación* se presenta como un verdadero protector de indios por su capacidad para alcanzar pactos que evitaban, una vez tras otra, guerras y represalias.<sup>21</sup>

Y en tercer lugar se muestra providencialista, un elegido por Dios para expandir la cristiandad por territorios ignotos.<sup>22</sup> Son reiteras las alusiones a la voluntad del Creador y a su continua ayuda, tratando de evidenciar el carácter sagrado de su empresa. Todo el proceso conquistador se justificaba por el designio divino que había recibido para llevar la luz del cristianismo a los pueblos paganos. Citaremos solo algunos ejemplos: ya en la primera batalla ocurrida poco después del desembarco en Veracruz afirma que se ganó más *por la voluntad de Dios* que por nuestras fuerzas.<sup>23</sup> Asimismo, en su *Quinta Carta de Relación*, redactada en septiembre de 1526, subraya sus esfuerzos por atraer a los naturales a la luz del cristianismo, anticipando la erección de una nueva Iglesia en aquellos inmensos territorios antaño paganos.<sup>24</sup>

Y por supuesto, tras la caída de Tenochtitlan solicita el envío de franciscanos para cumplir esa gran misión cristiana que tiene encomendada el Emperador y, por delegación suya, él mismo.<sup>25</sup> Los religiosos, liderados por fray Martín de Valencia, arribaron a San Juan de Ulúa un 13 de mayo de 1524, siendo recibidos por el metellinense con toda una calculada puesta en escena.<sup>26</sup> Hernán Cortés, delante de la élite indígena, se arrodilló ante los religiosos, asumiendo el principio de la ejemplaridad, es decir, con la idea de que los naturales siguiesen su ejemplo. Al tiempo que facilitaba la evangelización, su gesto se convertía en una virtud que cronistas como Jerónimo de Mendieta destacarán como más

<sup>19</sup> Hoy resulta bastante claro que sin la alianza con varios de los pueblos tributarios de la frágil confederación mexica hubiese resultado imposible la conquista de Tenochtitlan. En estos términos se ha expresado Taladoire, Eric, “La guerra de dos mundos”, *Estudios de Cultura Náhuatl* N. 42, México, UNAM, 2012, pp. 64-65). Sobre estas alianzas y su importancia puede verse la obra de Matthew, Lara y Oudijk, Michel R. (Eds.), *Indian Conquistadors: Indigenous allies in the conquest of Mesoamerica*, Norman, University of Oklahoma Press, 2007.

<sup>20</sup> Cortés, *Ob. Cit.*, p. 238.

<sup>21</sup> Aracil, *don Hernando Cortés*, p. 108.

<sup>22</sup> Bennassar, *Ob. Cit.*, pp. 254-255.

<sup>23</sup> Cortés, *Ob. Cit.*, p. 59. En otros momentos vuelve a aludir a la misma influencia divina en la victoria. *Ibidem*, p. 244.

<sup>24</sup> Torre Villar, Ernesto de la, “El mundo americano de Hernán Cortés”, *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Universidad, 1986, p. 423.

<sup>25</sup> Cortés, *Ob. Cit.*, pp. 330-331.

<sup>26</sup> Zinni, Mariana C., “Mímesis y ejemplaridad en las rodillas de Hernán Cortés: Prolegómenos de la evangelización del Nuevo Mundo”, *Hipertexto* N. 13, 2011, pp. 77-79.

meritoria que la propia conquista.<sup>27</sup> Una apuesta ganadora perfectamente calculada por el metellinense.

Lo cierto es que esta idea providencialista que, como hemos visto, parte del propio interesado, se repetirá reiteradamente por cronistas e historiadores posteriores. De hecho, tanto fray Toribio de Benavente, como Gerónimo de Mendieta o Baltasar de Obregón insisten que fue obra de la providencia que naciese el mismo año que Martín Lutero, compensando así el daño que *este abominable y ponzoñoso basilisco* estaba haciendo en Europa.<sup>28</sup> También Bernardo de Vargas Machuca, estuvo convencido de que el metellinense estuvo guiado en todo momento por la mano de la providencia, sin la cual nunca hubiese conquistado la confederación mexicana.<sup>29</sup> El metellinense, como una forma más de conseguir la legalidad de su empresa, se supo congraciar con un estamento tan poderoso como el eclesiástico, quien lo admiraba por su preocupación por las cuestiones relacionadas con la expansión de la fe.<sup>30</sup>

Las *Cartas de Relación* se consideran su obra cumbre, mucho más que un relato de su gesta, por su estilo sobrio, equilibrado y ecuánime.<sup>31</sup> Lo cierto es que, emulando a Julio César y su *Guerra de las Galias*, el metellinense consiguió que todos le viesan como un héroe.<sup>32</sup> Pero tiene otros muchos escritos, como las tres cartas de agravios dirigidas al Emperador, entre 1542 y 1544, o su propio testamento de 1547, que forman parte del proceso de creación de su propia imagen.<sup>33</sup> Tras la conquista de México fundó el hospital de Jesús para el que consiguió bulas papales en 1529.<sup>34</sup> Pues bien, el Papa Clemente VII en ese documento se hizo eco de unas palabras que seguramente le insinuó el propio metellinense: la cantidad de tierras incógnitas que había sometido, con *el auxilio divino*.<sup>35</sup>

<sup>27</sup> *Ibidem*, p. 87.

<sup>28</sup> Motolinía, fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de Nueva España*, Mercedes Serna y Bernat Castany (eds.), Madrid, Real Academia Española, 2014, p. 19. Mendieta, fray Gerónimo de, *Historia Eclesiástica Indiana*, México, Porrúa, 1980, pp. 174-175. Obregón, Baltasar, *Historia de los descubrimientos de Nueva España*, Eva María Bravo, ed., Sevilla, Ediciones Alfar, 1997, pp. 46-47.

<sup>29</sup> Vargas Machuca, Bernardo de, *Apologías y discurso de las conquistas Occidentales*, Ávila, Junta de Castilla y León, 1993, p. 86-88.

<sup>30</sup> Motolinía, *Ob. Cit.*, 2014, p. 175.

<sup>31</sup> Iglesia, Ramón, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1980, p. 17.

<sup>32</sup> Aracil Varón, Beatriz, “Hernán Cortés y sus cronistas: la última conquista del héroe”, *Atenea* N° 499, Concepción, 2009, pp. 61-76.

<sup>33</sup> Aracil, *Yo, don Hernando Cortés*, p. 16.

<sup>34</sup> No se sabe la fecha exacta de su fundación, pero seguramente fue poco después de la caída de Tenochtitlan. Todavía en la cláusula IX de su testamento de 1547 insistía en que se acabasen las obras del hospital que había fundado en México. Fernández Domingo, Jesús Ignacio, *Estudio del testamento de don Hernando Cortés, marqués del Valle de Oaxaca*, Badajoz, Diputación Provincial, 1999, p. 35.

<sup>35</sup> Ramos Pérez, Demetrio, “La ideología de la Nueva Cristiandad de Hernán Cortés y sus gestiones romanas: en torno al problema de su hospital de México”, *Memorias de la Real Academia de Extremadura de las Letras y de las Artes*, Vol. 1, Trujillo, 1983, pp. 331-355.

Sus epístolas fueron prohibidas en 1527 por las gestiones de Pánfilo de Narváez quien se sentía ofendido en lo relacionado con su derrota a manos del metellinense.<sup>36</sup> Y aunque no volvieron a reeditarse en España hasta 1749, su texto siguió circulando, gracias a dos circunstancias: primera, a través de las ediciones europeas, que fueron todo un éxito, especialmente la edición de 1550 que supuso, a decir de Karl Kohut, el punto culminante de la heroización del personaje.<sup>37</sup> Y segunda, porque fueron usadas y copiadas por otros muchos cronistas, historiadores y escritores, como Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo, Paulo Jovio o Antonio de Solís.<sup>38</sup> De manera que incluso después de prohibidas se podían leer sus epístolas de manera indirecta en las obras de estos autores.

Cuando regresó a España en 1540, convencido de que sus derechos políticos jamás le serían devueltos, continuó con su idea de la trascendencia. Nunca se conformó con ser una de las personas más acaudaladas de su tiempo, ni con la administración de su fortuna y de sus negocios.<sup>39</sup> El control político de Nueva España lo había perdido definitivamente y lo sabía, pero seguía con su idea de ganar su gran batalla, la de la posteridad. Para ello mantuvo una intensa actividad cultural y social; su objetivo era doble: uno, pactar los matrimonios de sus hijos e hijas con personas de alto linaje para asegurarse el encumbramiento de su estirpe. Y otro, consolidar una imagen legendaria de sí mismo, para lo cual solicitó los servicios de Francisco López de Gómara a quien asalarió para que confeccionase lo que hoy llamaríamos una biografía oficial.

Está claro que le obsesionaba su propia trascendencia, pero no estaba loco o al menos no tanto como para escribir de tapadillo la *Historia Verdadera* secularmente atribuida a Bernal Díaz del Castillo. Hace pocos años el prestigioso hispanista francés Christian Duverger publicó su *Crónica de la Eternidad* en la que señalaba al metellinense como el prosista de esta obra que, a su juicio, redactó durante su estancia en Valladolid, entre 1543 y 1545.<sup>40</sup> Así, siguiendo al hispanista francés, mientras por la mañana despachaba asuntos legales y ayudaba a Francisco López de Gómara en su propia hagiografía, por la noche, en secreto, se pasaba las horas redactando una segunda crónica, inicialmente pensada como anónima.

<sup>36</sup> Aracil, *Yo, don Hernando Cortés*, p. 20. Kohut, Karl, “Hernán Cortés, héroe imperial”, en *Miradas sobre Hernán Cortés*, María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer, Coords., Madrid, Iberoamericana, 2016, p. 68.

<sup>37</sup> Kohut, *Ob. Cit.*, p. 79.

<sup>38</sup> Navarro González, Alberto, “Hernán Cortés en la literatura española”, *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Universidad, 1986, pp. 517-518.

<sup>39</sup> Martínez, José Luis, “Fortuna e infortunio de Hernán Cortés”, en *Hernán Cortés y México*, Sevilla, Diputación Provincial, 2000, p. 99.

<sup>40</sup> Duverger, Christian: *Crónica de la Eternidad*. Madrid, Taurus, 2013, pp. 147-176.

Y ello —siempre siguiendo a Duverger— por la prohibición de la publicación de sus *Cartas de Relación* y previendo, asimismo, la futura proscripción de la obra de su cronista oficial, López de Gómara. Supuestamente, tras su fallecimiento en 1547, pasó a manos de su hijo y heredero Martín Cortés quien, años después, la llevó consigo a México. Sin embargo, dado que en aquellos momentos no corrían vientos favorables para el marqués, el texto nunca se publicó. Cuando en 1566 los hermanos Cortés fueron apresados, acusados de rebelión, el manuscrito acabó, no se sabe cómo, en Guatemala.<sup>41</sup> Obviamente, esta hipótesis ha sido descartada de manera contundente por los principales especialistas y creo que no es necesario insistir.<sup>42</sup>

Los cronistas generalistas como Pedro Mártir de Anglería, Gonzalo Fernández de Oviedo y el padre fray Bartolomé de Las Casas no tuvieron un trato directo con él, pero sí recibieron informaciones de primera mano que tienen gran interés para reconstruir su biografía. El primero de ellos, Anglería, no lo llegó a conocer personalmente, pero se muestra muy bien informado porque, como miembro del Consejo de Indias, entrevistó a cientos de protagonistas, entre ellos a varios compañeros de hueste del metellinense.<sup>43</sup> Asimismo, dispuso de la *Segunda y la Tercera Carta de Relación* a las que siguió de manera fidedigna, plasmando la versión cortesiana de la conquista.<sup>44</sup>

Por su parte, Gonzalo Fernández de Oviedo, como Cronista Oficial, le solicitó información y se limitó a mandarle sus *Cartas de Relación* que incluyó en su obra.<sup>45</sup> En general, aunque no niega la traición del metellinense a Diego Velázquez termina asumiendo la versión del propio Cortés, reflejada en sus *Cartas de Relación* que siguió casi a pies juntillas. Por ello, termina ratificando su genialidad en el arte de la guerra, superior incluso a héroes como Julio Cesar, Horacio Cocles o Viriato a los que cita expresamente.<sup>46</sup> Y por supuesto, el asedio de la ciudad de Tenochtitlan fue superior, tanto militarmente como en magnitud, a cualquier otro hecho de la antigüedad, incluida la destrucción de Jerusalén.<sup>47</sup>

<sup>41</sup> *Ibidem*, pp. 197-236.

<sup>42</sup> Véase por ejemplo a Seres, Guillermo, “El verdadero autor de la Historia Verdadera,” *El País*, 21 de febrero de 2013. Leonetti, Francesca, “De nuevo sobre la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España; algunas reflexiones en defensa de la paternidad de Bernal”, *eHumanista* 24, 2013, pp. 538-550. Martínez Shaw, Carlos, “Bernal Díaz del Castillo y Hernán Cortés: un caso para Sherlock Holmes,” *Andalucía en la historia* N. 42, 2013, pp. 96-97. Mira Caballos, Esteban, “Refutaciones a Crónica de la Eternidad,” en <https://larepublicacultural.es/articulo7143> publicado el 11 de junio de 2013.

<sup>43</sup> Miralles, Juan, *Hernán Cortés. Inventor de México*, Barcelona, Tusquets, 2001, pp. 602-603.

<sup>44</sup> Aracil, *Yo, don Hernando Cortés*, p. 22.

<sup>45</sup> Miralles, *Ob. Cit.*, p. 609. Aracil, *Yo, don Hernando Cortés*, p. 24.

<sup>46</sup> Baraibar, Álvaro, “Hernán Cortés en la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 40, 2014, pp. 148-149.

<sup>47</sup> Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia General y Natural de las Indias*, T. IV, Madrid, Atlas, 1992, pp. 151-152.



Y finalmente, fray Bartolomé de Las Casas muestra una actitud crítica, que no es nada personal ya que la repite con casi todos los protagonistas de la conquista. Sin embargo, dado que su *Historia de las Indias* no se publicó hasta 1875, su influencia en la historiografía ha sido tardía y escasa.<sup>48</sup>

Mucha más importancia tuvo para la conformación del mito, un grupo de cronistas que se movieron en su entorno más próximo: Francisco López de Gómara, Francisco Cervantes de Salazar y Bernal Díaz del Castillo.

El presbítero soriano Francisco López de Gómara conoció al metellinense desde el regreso de este a España en 1528, quedando fascinado por el personaje. Y aunque la investigadora María del Carmen Martínez ha demostrado, frente a lo que defendía la historiografía tradicional, que nunca fue su capellán personal, ni estuvo asalariado, resulta obvio que mantuvo una relación personal con él y su entorno en Sevilla, Valladolid y Madrid.<sup>49</sup> Lo cierto es que su biografía contiene datos e informaciones que son fundamentales para conocer su vida, entre otras cosas porque se las facilitó él mismo, pero está adornada con todo tipo de adjetivos adulatorios hacia la vida y obra del personaje que lo patrocinaba.<sup>50</sup> Como ha sugerido Hugh Thomas, citando a Eduardo Subirats, convirtió a su biografiado en un héroe de caballería.<sup>51</sup>

Ya en su época algunos le afearon que se limitase a escribir lo que el extremeño le decía, sin contrastar los datos. Así lo sostiene el padre Las Casas quien le reprocha que no estuviera en las Indias y que se limitase a redactar *lo que el mismo Cortés le dijo*.<sup>52</sup> No menos agrio se mostró Bernal Díaz, indignado por la sublimación del héroe en detrimento de la hueste lo cual se debió –afirma– al mucho oro y dádivas que el marqués le entregó al religioso.<sup>53</sup> Es innegable el vínculo de Gómara con la familia Cortés y sobre todo con el II Marqués del Valle así como su simpatía personal por la empresa cortesiana lo que no significa que su obra sea, ni mucho menos, un mero panfleto heroizador, escrito al dictado del conquistador.<sup>54</sup>

<sup>48</sup> Ramos Pérez, Demetrio, “Cortés en Salamanca”, *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Universidad, 1986, pp. 405-406.

<sup>49</sup> Martínez Martínez, M<sup>a</sup> del Carmen, “Francisco López de Gómara y Hernán Cortés: nuevos testimonios de la relación del cronista con los marqueses del Valle de Oaxaca”, *Anuario de Estudios Americanos* vol. 67, T. 1, Sevilla, 2010, p. 274.

<sup>50</sup> Vaca de Osmá, *Ob. Cit.*, p. 322.

<sup>51</sup> Thomas, Hugh, “La Casa de la Contratación: novelas caballerescas-acciones caballerescas”, en *La Casa de la Contratación y la navegación entre España y las Indias*, Antonio Acosta Rodríguez, Adolfo González Rodríguez y Enriqueta Vila Vilar, Coords., Sevilla, 2003, p. 1072.

<sup>52</sup> Las Casas, fray Bartolomé de, *Historia de las Indias*, T. II, Santo Domingo, Ediciones del Continente, 1985, T. II, p. 528.

<sup>53</sup> Díaz del Castillo, Bernal, *Historia Verdadera de la conquista de Nueva España*, ed. de Guillermo Seres, Madrid, R.A.E., 2011, p. 499.

<sup>54</sup> Egío, José Luis, “Acciones y virtudes políticas del Cortés de Gómara. Trascendencia secular de un juego de espejos”, en *Miradas sobre Hernán Cortés*, María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer, Coords., Madrid, Iberoamericana, 2016, p. 154.

Sea como fuere, el soriano fue una pieza clave en la creación del mito, refiriéndose a la conquista de la confederación mexicana como una de las mayores hazañas de la historia, porque a su juicio se ganaron millones de almas para la cristiandad, *con poco daño y sangre de los naturales*.<sup>55</sup> Y aunque la titula como *La Conquista de México*, es una verdadera biografía del metellinense que vio dos reediciones en 1553, una en Zaragoza y la otra en Medina del Campo.<sup>56</sup> También este texto fue prohibido en España por orden del 17 de noviembre de 1553, pero al igual que las *Cartas de Relación*, se reeditó varias veces en Europa, ejerciendo una gran influencia en cronistas, historiadores e intelectuales posteriores.<sup>57</sup>

Pero Gómara no se conformó con adular al héroe, sino que se encargó de lanzar sombras sobre rivales como Francisco Pizarro, a quien retrató como un vulgar porquero trujillano. Según su testimonio, fue abandonado a las puertas de una iglesia, sobreviviendo de la leche de una cerda parida y pasando el resto de su juventud como porquero.<sup>58</sup> Aquello guardaba parentescos con el origen legendario de Rómulo y Remo, pero obviamente las leyendas lupina y porcina no eran exactamente equivalentes.

Asimismo, se perpetuó la falsedad, que la historiografía cortesiana dedujo de las propias *Cartas de Relación*, según la cual el trujillano fue un mero imitador de las estrategias de su sobrino. Hay que tener en cuenta que lo mismo Hernán Cortés que sus cronistas —López de Gómara, Bernal Díaz y Cervantes de Salazar— sobrevivieron a Francisco Pizarro y tuvieron plena consciencia que éste había conquistado un imperio ocho veces más extenso, con la mitad de hombres, proporcionando al Imperio muchas más riquezas. Se trataba de hacer creer que el de Trujillo se inspiró en las tácticas de combate de su sobrino Hernán Cortés, el verdadero genio militar, algo que no era cierto como veremos a continuación.

Efectivamente, la literatura se ha encargado de vincular la conquista del Perú con la de México y de convertir a aquella en deudora de ésta, una idea que se ha perpetuado hasta nuestros días.<sup>59</sup> Desde el mismo siglo XVI se generalizó la idea de que lo tuvo presente en todo momento, entre otras cosas por la mayor antigüedad de la obra cortesiana que, desde mediados de los años veinte del siglo XVI, todo el mundo conocía. Y se aducía que Francisco Pizarro admiraba tanto al Gran Capitán como a su pariente Hernán Cortés, pues además de usar zapatos y sombreros blancos como el primero, en ocasiones especiales, como en

<sup>55</sup> López de Gómara, Francisco, *Historia General de las Indias*, T. II, Barcelona, Orbis, 1985, p. 11.

<sup>56</sup> Duverger, Crónica de la Eternidad, p. 73.

<sup>57</sup> *Ibidem*, pp. 74-75.

<sup>58</sup> López de Gómara, *Ob. Cit.*, T. I, p. 210.

<sup>59</sup> Por poner solo un ejemplo, en un trabajo reciente sobre la hueste conquistadora, se afirmaba que el trujillano se aprovechó de las disensiones internas dentro del incario, *una táctica que seguramente aprendió de su pariente y sagaz colega Hernán Cortés* (Pérez-Mallaína, 2012: III, I, 73).

su entrada en Cusco tras la ejecución de Almagro, le gustaba ponerse *un ropaje de martas* que le había regalado el segundo.<sup>60</sup>

Ni que decir tiene que en el proceso de conquista se observan paralelismos que han llevado a pensar a la historiografía que el trujillano se inspiró continuamente en las estrategias de su sobrino. Sin embargo, como ha recordado Matthew Restall, existía una forma de hacer la guerra indiana que comenzó en La Española en 1493 y que se basaba en tres premisas: primero, en el uso de la caballería, arma contra la que sus oponentes tenían pocos recursos defensivos. Segundo, la guerra psicológica, impresionando a las tropas indígenas con prácticas aterradoras. Y tercero, la captura del jefe local para conseguir el sometimiento del resto de la población. Estas estrategias se usaron ya en 1493 con el cacique Caonabo que fue apresado, torturado y ejecutado para someter a todo su cacicazgo.<sup>61</sup> Esta misma táctica fue usada por los españoles de forma reiterada hasta el final de la conquista, y Francisco Pizarro las empleó en Tierra Firme desde mucho antes que Hernán Cortés llegase a Veracruz en 1519.

Por su parte, el toledano Francisco Cervantes de Salazar, es otro de los cronistas vinculados a la gesta cortesiana. Conoció personalmente al conquistador de México, participando en las tertulias literarias de Valladolid y, tras su fallecimiento, mantuvo una sincera amistad con el II Marqués del Valle, quien lo patrocinó.<sup>62</sup> Por ello, no resulta extraño que ensalce al héroe, a quien incluso dedicó su propia obra.<sup>63</sup> Llegó a México varias décadas después de la caída de Tenochtitlan, pero tuvo ocasión de entrevistar a varios conquistadores que aún sobrevivían. Su obra uso por tanto fuentes escritas y orales de primera mano por lo que se trata de una obra muy documentada. Y aunque su Crónica de la Nueva España no es una biografía de Cortés sino una historia de la conquista, el texto es de gran utilidad.<sup>64</sup> No fue publicada hasta el siglo XX, el manuscrito fue usado ampliamente por Antonio de Herrera por lo que también sus textos han ejercido una influencia indirecta en la historiografía.<sup>65</sup>

Y finalmente, dentro del trío selecto de grandes cronistas de la gesta, hay que hablar de Bernal Díaz del Castillo. Aunque reivindica el papel del grupo, el nosotros frente al yo, en ningún caso niega al héroe.<sup>66</sup> El medinense admira a su líder, aunque le reprocha que tratase de acaparar todo el honor, en detrimento de unos hombres sin los cuales nunca podría haber consumado su gesta. Pero

<sup>60</sup> López de Gómara, *Ob. Cit.*, 1985, T. I, p. 211. Prescott, Guillermo, *Historia de la Conquista del Perú*, Madrid, Ediciones Istmo, 1986, p. 429.

<sup>61</sup> Restall, Matthew, *Los siete mitos de la conquista española*, Barcelona, Paidós, 2004, p. 56.

<sup>62</sup> Mira, *Hernán Cortés*, p. 297.

<sup>63</sup> Aracil, *Yo, don Hernando Cortés*, p. 29.

<sup>64</sup> Miralles, *Ob. Cit.*, pp. 627-628.

<sup>65</sup> Vaca de Osmá, *Ob. Cit.*, p. 323; Aracil, *Yo, don Hernando Cortés*, p. 30.

<sup>66</sup> Aracil, *Yo, don Hernando Cortés*, p. 27. Navarro García, Luis, "El líder y el grupo en la empresa cortesiana", en *Hernán Cortés y su tiempo*, T. II, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1987, p. 671.

pese a todo lo considera digno de mayores loores incluso que héroes grecolatinos como Julio César.<sup>67</sup> Pero es más también él sostiene que fue un elegido por la providencia *para ensalzar nuestra fe y servir a Su Majestad*.<sup>68</sup>

También Bernal, al igual que López de Gómara, trata de situar a Francisco Pizarro y la conquista del Perú en un segundo plano. Según el medinense, la conquista de Nueva España fue la mayor hazaña nunca vista hasta entonces ya que el Perú *ni estaba descubierto, ni se conquistó desde ahí a diez años*.<sup>69</sup> Pero incluso contando con la conquista de Perú, la de Nueva España debía tener prelación porque en aquella –afirma– hubo *guerras civiles y deslealtad* a la Corona.<sup>70</sup> En ese aspecto difería de Motolinía quien habló de las dramáticas traiciones que se vivieron en México, cuando Cortés marchó a Honduras. E incluso las comparó con las que en el momento que escribía estaban ocurriendo en Perú.<sup>71</sup>

## II. La perpetuación del mito

Sobre la base del héroe planteada en los escritos del propio conquistador y de su entorno, a partir del siglo XVII se consolida la exaltación y consolidación de esa imagen. Decenas de obras de historiadores, cronistas, poetas, novelistas, dramaturgos e intelectuales, que transportan su figura hasta el selecto Olimpo de los dioses. Ya Juan de Castellanos en sus *Elegías de Varones Ilustres* veía sus hazañas como superiores a las protagonizadas por héroes legendarios de la antigüedad como Héctor o Aquiles.<sup>72</sup> A éste le siguieron toda una serie de poemas épicos de menor o mayor calidad publicados en el tercer cuarto del siglo XVI, en el XVII y en el XVIII que continúan el ensalzamiento del mito.<sup>73</sup>

La historiografía posterior lo encumbró como un héroe, en cuyo proceso jugó un papel destacado Antonio de Solís ya que su obra tuvo una extraordinaria difusión no solo en España sino también en Nueva España. Y de nuevo, aunque la rotula como una historia de la conquista de México en realidad es una biografía o más bien una hagiografía. Éste considera al metellinense el protagonista por excelencia de la conquista, siendo otro hito en su proceso de heroización.<sup>74</sup> Muchos autores, religiosos y laicos, como fray Gerónimo de Mendieta, fray Juan

<sup>67</sup> Díaz del Castillo: *Ob. Cit.*, p. 501.

<sup>68</sup> *Ibidem*, p. 77.

<sup>69</sup> *Ibidem*, p. 1052.

<sup>70</sup> *Ibidem*, pp. 1052-1053.

<sup>71</sup> Motolinía, *Ob. Cit.*, 2014, pp. 24-25 y 155.

<sup>72</sup> Bennassar, *Ob. Cit.*, p. 308. Vélez, Iván, *El mito de Cortés. De héroe universal a icono de la Leyenda Negra*, Madrid, Ediciones Encuentro S.A., 2016, p. 92.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 308-309. Martínez, José Luis, *Hernán Cortés*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990, pp. 865-878.

<sup>74</sup> Solís, Antonio de, *Historia de la conquista de México*, ed. de Edmundo O' Gorman, México, Porrúa, 1996, p. 27.

de Torquemada, Dorantes de Carranza o Dávila Padilla asumieron la idea del elegido por la providencia para la expansión del cristianismo.<sup>75</sup>

En 1637 Baltasar Gracián comparó su heroísmo con el de Alejandro Magno y Julio César, *repartiéndose entre los tres la conquista del mundo por sus partes*.<sup>76</sup> Igualmente, por aquellas fechas, Francisco de Quevedo lo ponderó como uno de esos grandes elegidos por Dios para expandir la fe: ¿Quién sino Dios, cuya mano es miedo sobre todas las cosas, amparó a Cortés para que lograra dichosos atrevimientos, cuyo premio fue todo un Nuevo Mundo?<sup>77</sup> Por su parte los historiadores religiosos continuaron manteniendo la idea del providencialismo. Así lo defiende tanto fray Juan de Torquemada en su *Monarquía indiana* (1613) como Carlos de Sigüenza y Góngora, medio siglo después.<sup>78</sup>

En el siglo XVIII, hubo numerosos escritores que continuaron ensalzando al héroe desde el padre Feijoo a José Cadalso que, dada su formación militar, valoraba su capacidad estratégica y su contribución a crear un imperio más extenso que el romano.<sup>79</sup> También autores novohispanos, como el poeta Francisco Ruiz de León, autor de *Hernandia*, un poema heroico sobre la conquista de México, que narra las proezas del metellinense, sostiene que supero con creces a Alejandro Magno.<sup>80</sup> Y por supuesto, se mantuvo el mesianismo, incluso por autores precursores de la Independencia como fray Servando Teresa de Mier, quien en una homilía por el alma del metellinense, en 1794, lo elogió vivamente por haber *destruido la idolatría (y) los sacrificios humanos enseñando la luz del evangelio*.<sup>81</sup>

Pero, lo verdaderamente sorprendente es que un buen número de historiadores contemporáneos, tanto mexicanos como españoles, hayan mantenido ideas similares, destacando al extremeño como el adalid de la cristiandad y de la civilización. Entre ellos, Vicente Barrantes, Carolina Coronado, Manuel Orozco y Berra, Ángel Dotor, Jaime Delgado, Luis Torres, Raúl Martín Berrió, Joaquín García Izcalbalceta, Manuel Giménez Fernández o Salvador de Madariaga, por citar solo algunos. Escribió Vicente Barrantes, en 1875, que el alma gemela de Cortés fue el Cid Campeador, pues ambos, *a través de los siglos se*

<sup>75</sup> Mayer, Alicia, “Darle a su piedad religiosa el lugar primero. Hernán Cortés como héroe de la gesta cristianizadora en México”, en *Miradas sobre Hernán Cortés*, María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer, Coords., Madrid, Iberoamericana, 2016, pp. 182-183.

<sup>76</sup> Cit. en Mira, *Hernán Cortés*, p. 12. Vélez, *El mito de Cortés*, p. 313.

<sup>77</sup> Mira, *Hernán Cortés*, p. 12.

<sup>78</sup> Cit. en Mayer, Alicia, “La leyenda negra en la Nueva Inglaterra colonial (siglos XVII y XVIII)”, en *La sombra de la leyenda negra*, María José Villaverde Rico y Francisco Castilla Urbano (Dirs.), Madrid, Tecnos, 2016, pp. 182-195.

<sup>79</sup> Navarro González, *Ob. Cit.*, p. 526. López Martín, Ismael, “José Cadalso y el proceso de reinterpretación neoclásica de Hernán Cortés como héroe nacional y personaje literario”, *XLIV Coloquios Históricos de Extremadura*, Trujillo, 2016, pp. 56-61.

<sup>80</sup> Cit. en Vélez, *El mito de Cortés*, p. 131.

<sup>81</sup> Cit. en Mira Caballos, *Hernán Cortés, mitos y leyendas*, *Ob. Cit.*, p. 27.

dan fraternalmente la mano para pedir a su patria iguales honores.<sup>82</sup> El mexicano Orozco y Berra lo citaba como un colosal prohombre al que sólo se podía *alzar los ojos para verle el rostro*, mientras que Ángel Dotor lo llamaba el *césar de la Hispanidad*. El jesuita José Macías, lo destacaba como heroico conquistador, pero también como el fundador de la raza mexicana y el introductor del cristianismo.<sup>83</sup>

Por su parte el historiador del derecho Rafael Altamira, padre del americanismo universitario español, se mostró como un cortesiano convencido, destacando las dotes y la formación académica de Cortés frente al porquerizo analfabeto de Francisco Pizarro.<sup>84</sup> Una actitud muy similar al del historiador mexicano Carlos Pereyra, que siempre ensalzaba las hazañas de Cortés en comparación con las actuaciones mediocres de Francisco Pizarro.<sup>85</sup> Por citar sólo algunas de sus afirmaciones más llamativas, se refiere a éste despectivamente, atribuyéndole los calificativos de *porquero, analfabeto, bastardo y delincuente convicto*, fundamentando esta última opinión en su encarcelamiento en 1528 por antiguas deudas.<sup>86</sup> Justifica Pereyra la actuación de Hernán Cortés con Moctezuma pero no la de Francisco Pizarro con Atahualpa del que dice que simplemente era *un símbolo de esa Europa sedienta de metales preciosos*.<sup>87</sup>

Asimismo, defiende que éste nunca pasó de ser un vulgar imitador del talento cortesiano, pues en toda la conquista del Perú no hubo *ningún episodio comparable al de la Noche Triste o a los del sitio de la Gran Tenochtitlan*.<sup>88</sup> Por aquellas mismas fechas lo mismo Jerónimo Bécker que José María Salaberría se mostraba igualmente elocuente en la defensa de los héroes de América, especialmente del metellinense.<sup>89</sup> Incluso autores del peso de Oswald Spengler, se mostraron seducido por el de Medellín, sosteniendo que una hazaña como la que él protagonizó solo podía estar auspiciada por el *heroísmo de la raza*.<sup>90</sup>

La literatura española durante la etapa franquista idolatró a los conquistadores, fundamentalmente a Hernán Cortés. Una vez más, como en el siglo XVI, los conquistadores eran vistos como personas elegidas por la providencia

<sup>82</sup> Cit. en Mira caballos, Esteban, *Hernán Cortés, mitos y leyendas del conquistador de Nueva España*, Badajoz, Fundación Obra Pía de los Pizarro, 2017, p. 13.

<sup>83</sup> Cit. en Fernández Domingo, *Ob. Cit.*, p. 126.

<sup>84</sup> Vélez Jiménez, Palmira, “La imagen del conquistador en la historiografía liberal española: un cuadro de luces y sombras”, *VII Congreso Internacional de Historia de América*, José A. Armillas Vicente, (ed.), Zaragoza, 1998, p. 1987.

<sup>85</sup> Y eso que biografío tanto a uno como a otro. Pereyra, Carlos: *Hernán Cortés*, México, Espasa-Calpe, 1969, (1ª edición de 1930) y *Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa*, Madrid, Editorial América, s.a.

<sup>86</sup> Pereyra: *Francisco Pizarro...*, p. 80.

<sup>87</sup> *Ibidem*, pp. 7-8.

<sup>88</sup> *Ibidem*, pp. 7 y 98.

<sup>89</sup> La obra más conocida de cada uno fueron, del primero *La política española en las Indias* (Madrid, 1920) y del segundo *Los conquistadores. El origen heroico de América*, Madrid, 1918. Esta última reeditada en 2009 por la editorial Bibliobazaar.

<sup>90</sup> Spengler, Oswald. *La decadencia de Occidente*, T. II, Madrid, Austral, 2002, p. 253.

para expandir la cristiandad.<sup>91</sup> Por su parte, Luisa Cuesta y Jaime Delgado sostuvieron que la conquista de México fue *una gesta heroica*, protagonizada por *un jefe genial*. Otro escritor, Luis Torres, era mucho más claro en cuanto a sus pretensiones, al comparar a Cortés y Colón y decir lo siguiente: *Son dos de los hombres que han colocado a España en la cumbre del mundo. Cuanto se escriba, cuanto se fantasee para glorificarlos, no estará de más.*<sup>92</sup>

Asimismo, Raúl Martín Berrío interpretó la conquista de México como una gesta libertadora, donde los indios fueron liberados del yugo al que le sometían los gobernantes mexicas, elevando a los indios a *la condición de personas*.<sup>93</sup> Bastante más allá fue Manuel Giménez Fernández, ilustre historiador y político sevillano del siglo pasado, pues estaba convencido, siguiendo al propio metellinense y a los cronistas franciscanos, que el extremeño fue *un elegido por la providencia para cumplir altos fines*.<sup>94</sup> El de Medellín no fue un conquistador más sino el conquistador, mientras que la Conquista de México constituyó una gesta sagrada, una obra de titanes, dedicada a cristianizar y a civilizar a bárbaros, caníbales y brutos. Su actuación abrió las puertas del cielo a muchas almas paganas y acrecentó los límites del imperio español de forma inimaginable. Por ello, a su juicio, nada tenía de particular que se le haya comparado con Alejandro Magno, con Aquiles, con Rómulo y hasta con Moisés.

En 1947, en los actos conmemorativos del IV Centenario de su muerte, el director del Instituto de Cultura Hispánica terminó su discurso, *excitando a todos a imitar el ejemplo de Hernán Cortés, para así preparar un futuro cada día más glorioso para nuestra estirpe*.<sup>95</sup> Cortés ha sido, como diría Miquel Izard, uno de esos miembros protegidos, por esa leyenda apologética y legitimadora.<sup>96</sup>

En el último cuarto del siglo XX, Mario Hernández Sánchez-Barba defendió, siguiendo a Carlos Pereyra, que el metellinense no fue un conquistador, sino un fundador, creador de un nuevo mundo y de una nueva sociedad.<sup>97</sup> Y ya en pleno siglo XXI nos ha sorprendido una nueva biografía del héroe, firmado por el hispanista Cristian Duverger. Su hipótesis principal es que el metellinense fue un pacifista –sic–, un Mahatma Gandhi del siglo XVI. Exactamente afirma que *Cortés ama a los indios... y se ubicó muy pronto del lado indígena*,

<sup>91</sup> Ramis Bennasar, A. y Villalonga Bennasar, B., *Formación del Espíritu Nacional. Primer curso de las Escuelas de Magisterio*, Madrid, Delegación Nacional del Frente de Juventudes, 1954, p. 94.

<sup>92</sup> Mira Caballos, *Hernán Cortés*, p. 13.

<sup>93</sup> *Ibidem*.

<sup>94</sup> *Ibidem*.

<sup>95</sup> *Ibidem*.

<sup>96</sup> Los escritores vinculados al franquismo, algunos de ellos hispanoamericanos adscritos al CSIC, destacaron al metellinense como *el más humano de los conquistadores*, el paladín de la cristiandad. Cit. en Izard, Miquel, *El rechazo a la civilización. Sobre quienes no se tragaron que las Indias fueron esa maravilla*, Barcelona, Península, 2000, p. 29.

<sup>97</sup> Cit. en Bermúdez Ruiz, Roberto, “Diplomacia de Cortés”, *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Universidad, 1986, p. 89.

pues a su juicio toda la conquista se la pasó intentando alcanzar acuerdos de paz y minimizando daños.<sup>98</sup> El asedio de Tenochtitlan que costó la vida a unas 100.000 personas, se trató en realidad de una inmolación del propio pueblo azteca, ante las reiteradas peticiones de paz del civilizado Hernán Cortés.<sup>99</sup> Y por supuesto, el posterior martirio y ejecución de Cuauhtémoc para que confesase donde ocultaba el oro, se hizo a espaldas de Cortés y, cuando éste lo supo, ordenó su ejecución para evitarle el suplicio.<sup>100</sup>

Su proyecto vital, como pacifista, fue crear un nuevo mundo mestizo, fruto de la feliz fusión de lo europeo y de lo indígena. El no quería hacer de México una copia de Castilla, sino que quería construir un nuevo Estado autóctono, fruto de la hibridación racial y cultural de ambos mundos.<sup>101</sup> Como indica en el prólogo José Luis Martínez, Cortés era bueno y los indígenas también mientras que los malos eran, en cualquier caso, ¡el emperador Carlos V! y la administración hispana que impidieron *al héroe Cortés llevar a cabo sus acciones de mestizaje*.<sup>102</sup>

Por su parte Fabio Cozzani que acaba de publicar su libro recientemente ve al personaje como *el salvador del México*, al librar a los mexicas de la degradación impuesta por Moctezuma, de los sacrificios humanos y del canibalismo, llevándoles a cambio la luz del cristianismo.<sup>103</sup> Sin saberlo, el historiador italiano retomaba la idea de Fray Toribio de Motolinía quien creyó que era un enviado de Dios para acabar con los vicios y sacrificios humanos que los aborígenes ofrecían a sus dioses.<sup>104</sup> Una creencia comprensible en un franciscano del siglo XVI Pero no tanto en un escritor del siglo XXI. Como podemos apreciar el mito continúa en el nuevo milenio.

### III. La realidad no era tan heroica

Lo cierto es que su biografía está plagada de mitos, desde su propia descripción física a la quema de los buques en el puerto de Veracruz, pasando por sus extraordinarios conocimientos militares o su carácter mesiánico. Mera fábula, pues

<sup>98</sup> Duverger, *Hernán Cortés*, p. 111.

<sup>99</sup> *Ibidem*, pp. 224-225.

<sup>100</sup> *Ibidem*, p. 225-226.

<sup>101</sup> *Ibidem*, p. 234.

<sup>102</sup> *Ibidem*, p. 17 del prólogo.

<sup>103</sup> A juicio de este autor el único móvil del metellinense fue *la gloria de Dios*. Cozzani, Fabio, *Hernán Cortés, L'Uomo che ha salvato il Messico*, Viareggio, Edizioni Cinquemarzo, 2018, p. 37.

<sup>104</sup> Los mexicas acostumbraban en sus enfrentamientos bélicos, a cautivar al máximo número posible de personas. Después procedían a sacrificarlos en el templo, mientras cuatro sacerdotes agarraban al prisionero otro le hacía un corte en el pecho y le arrancaba el corazón, exponiéndolo al público. Pohl, John MD., "La guerra y el armamento entre los aztecas", *Itinerario de Hernán Cortés, Catálogo de la exposición*, Madrid, Canal Isabel II, 2015, p. 107. También lo hicieron que aquellos españoles que apresaron. En Tecoaque, los naturales apresaron a un grupo de españoles que habían llegado con Narváez y los sacrificaron a sus dioses. Jarquín Pacheco, Ana María y Martínez Vargas, Enrique, "Tecoaque: encuentro entre dos mundos en una página de la conquista de México", *Itinerario de Hernán Cortés, Catálogo de la exposición*, Madrid, Canal Isabel II, 2015, p. 137.



el extremeño fue ante todo un ser humano, un hombre de su tiempo, aunque eso sí, con un empuje verdaderamente singular. Es cierto que, a diferencia de la mayoría, y pese a los problemas y pleitos en los que estuvo inmerso a lo largo de su vida, él sí fue un triunfador. Pero ello, no se debió a nada sobrenatural sino a aspectos tan humanos como su gran optimismo –que nadie le puede negar–, sus habilidades diplomáticas que en eso sí destacó y, sobre todo, su suerte que le acompañó a lo largo de gran parte de su vida.

Y digo que fue un hombre afortunado porque salvó milagrosamente su vida en varias ocasiones, a saber: de pequeño, cuando nació enfermizo y sobrevivió por los desvelos de su nodriza. Ya siendo un adolescente, sufrió al menos en una ocasión fiebres cuartanas –una variedad de malaria– que estuvo a punto de llevarlo a la tumba. Décadas después, poco antes de firmar la paz con Tlaxcala, su hueste estaba tan desanimada que, a decir de los cronistas, *si la guerra hubiese durado más, los mismos españoles tenían por cierta su perdición*. Estando ya en Tenochtitlan, Moctezuma pudo haber acabado con él, pero la pasividad de aquél le salvó. Luego, tras el desastre de la Noche Triste, a su llegada a Tlaxcala, estos pudieron haberlos asesinado a todos ellos. Lo curioso es que el mismo Cortés sospechó esa posibilidad que finalmente no se cumplió, probablemente porque las bajas tlaxcaltecas propiciaron la solidaridad entre los derrotados.

Mucha más suerte aún tuvo en la conquista ya de la ciudad en 1521, cuando su caballo se echó de cansancio y, estando acorralado, un tlaxcalteca lo ayudó, levantó su équido y salvándole literalmente la vida. Asimismo, el español Cristóbal de Olea murió en su defensa mientras que otro miembro de su hueste resultó herido. Pero no fue, ni mucho menos, la última vez que estuvo prematuramente al borde del abismo. En la desgraciadísima expedición a las Hibueras regresó tan enfermo y con tantas calenturas que, al llegar a Cuba, ni tan siquiera lo reconocieron. Asimismo, la expedición que encabezó al Mar del Sur, en 1535, le costó nuevamente muchísimos esfuerzos y su nave estuvo a punto de zozobrar. Y finalmente, en la batalla de Argel de 1541 estuvo a punto de ahogarse, junto a dos de sus hijos, cuando el barco en el que viajaba naufragó.

En cuanto a su excepcional capacidad estratégica se trata de un argumento repetido una y otra vez por la historiografía. El propio Bernal Díaz lo comparó con otros grandes genios militares, nada menos que con Alejandro Magno, Julio César, Pompeyo, Aníbal y el Gran Capitán Gonzalo Fernández de Córdoba. Sus hagiógrafos se encargaron de magnificar su gesta, consagrándolo como un gran genio militar. Sin embargo, aunque tuvo unas excepcionales dotes diplomáticas nunca fue un estratega. De hecho, ni sus tácticas fueron originales ni ideó una nueva forma de hacer la guerra. Y es que, a diferencia de algunos miembros de su hueste, no tenía experiencia militar previa a la conquista de

México.<sup>105</sup> Desde su más tierna juventud sus padres se empeñaron en que se convirtiera en un hombre de letras, enviándolo con ese fin a Salamanca. Cuando llegó a La Española, la isla se encontraba totalmente *pacificada* por lo que no llegó a participar en acciones bélicas.

En Cuba, la resistencia de los tainos fue escasísima y los hechos de armas mínimos. ¿De dónde procedían entonces sus escasos conocimientos militares? Pues de su familia paterna pues tanto su padre como su abuelo, ambos de nombre Martín, habían tomado parte en la guerra de Granada. La vena militar le venía, pues de familia. Era un niño de muy corta de edad cuando cayó la ciudad de Granada en manos de Castilla, no tuvo conciencia de vivir en primera persona dichos acontecimientos, pero es seguro que oyó hablar a sus ascendientes de aquella contienda que acabó con la derrota de los infieles.<sup>106</sup> Además, tuvo la suerte de que los pocos conocimientos que atesoraba de la vieja caballería medieval le resultaron muy útiles en la Conquista. No olvidemos que mientras en América, la tradicional caballería siguió siendo el sistema defensivo y ofensivo más eficaz, en Europa, desde principios del XVI, estaba triunfando la infantería.

Aunque los tercios se crearon en 1534, estos no fueron fruto de la casualidad sino de una evolución en la forma de hacer la guerra bien patente desde finales del siglo XV y que afianzó, a principios del XVI, el Gran Capitán, Gonzalo Fernández de Córdoba, en las guerras de Italia.<sup>107</sup> Éste, en las batallas de Cerriñola (1502) y Garellano (1503), desplazó a la caballería a un segundo plano, estructurando sus fuerzas en torno a pequeños grupos de infantería, pertrechados con armas de fuego ligeras. Un ejército moderno que causó admiración en toda Europa y que dio la primacía a los Habsburgo en el campo de batalla, al menos hasta el primer cuarto del siglo XVII.

Puede que Hernán Cortés hubiese escuchado noticias de las victorias del Gran Capitán en los campos de batalla de europeos. Pero, pese a ello, era totalmente ajeno a muchos de estos avances militares de su tiempo. Sus huestes no se parecían en nada a los afamados tercios, ni a los escuadrones italianos. Él

<sup>105</sup> Entre sus hombres sí había algunos que habían luchado en la guerra de Granada y en las de Italia, incluso al lado del Gran Capitán. Entre los soldados que habían luchado en Italia figuraban al menos Francisco de Orozco, Benito Bejel, el artillero Francisco de Mesa y Andrés de la Tobilla. Este último, natural de Baeza, era muy diestro en el uso de la pica, y falleció en la huida de la Noche Triste. Thomas, Hugh, *Quién es quién de los conquistadores*, Barcelona, Salvat, 2001, p.158.

<sup>106</sup> Se ha hablado del influjo de la toma de Granada en su forma de asedio sistemático de Tenochtitlan. Martínez Martínez, Julio Gerardo, “Paralelismo entre la estrategia y tácticas de conquista del reino Nazarí de Granada y aquellas otras utilizadas por Hernán Cortés en la conquista de México,” *Anuario de la Facultad de Derecho* N° 5, Cáceres, 1987, pp. 403-412. Sin embargo, yo creo que es mucho imaginar, pues existían asedios históricos no menos conocidos, desde la antigüedad.

<sup>107</sup> Existe una amplísima bibliografía sobre el arte de la guerra en el siglo XVI y los tercios españoles. A modo de ejemplo, pueden verse los trabajos de Quatrefages, René, *Los tercios españoles, 1567-1577*, Madrid, 1979 y *La Revolución Militar Moderna. El crisol español*. Madrid, 1996.

seguía usando la caballería y utilizando armas tan tradicionales como el trabuco o la catapulta. Este aparato lo usó en el asedio final a Tenochtitlan, con tan poco acierto que se vio obligado a disimular el espantoso ridículo. Al parecer, según su propio testimonio, unos carpinteros le propusieron su construcción y él aceptó. Una vez acabado, lo llevaron a la plaza del mercado mientras los indios aliados, sorprendidos por tan aparatoso artilugio, amenazaban a los mexicas, diciéndoles que *los habíamos de matar a todos*. Sin embargo, fue mal diseñado por sus inexpertos constructores, volando el proyectil en vertical de forma que casi mata a los propios españoles.

Según William Prescott, el enorme peñasco destruyó el artilugio, extremo que los cronistas no confirman. Más bien, parece que decidieron retirar la fracasada máquina, después del chasco. Según Hernán Cortés, disimularon cuanto pudieron, intentando convencer a los asediados que lo retiraban porque, *movidos de compasión, no los queríamos acabar de matar*.<sup>108</sup> En cuanto a la brillante idea de bloquear por tierra y por mar la ciudad de Tenochtitlan es posible, según declaró Andrés de Tapia, que se la sugiriese el carpintero y capitán de bergantín Martín López.

Por lo demás, es cierto que, algunas de sus victorias fueron muy llamativas porque derrotó a ejércitos más de cien veces superiores en número. Pero ello se debió más a la ingenuidad bélica de los mexicas que a la excepcional capacidad de sus enemigos. Caso evidente de lo que decimos fue la batalla de Otumba, donde situaron a su jefe Cihuacóatl en lo alto de una colina, con un vistoso y colorido penacho de plumas. Le bastó a Cortés dirigirse hacia él, alancearlo y enarbolar el estandarte para que decenas de miles de indígenas huyeran en desbandada. Es cierto que derrotó a los mexicas con menos de un millar de españoles, pero no lo es menos que Francisco Pizarro conquistó el incario con muchos menos efectivos.

Pero no solo no mostró una excepcional capacidad, sino que, incluso, cometió errores de peso como, por ejemplo, tomar Tenochtitlan al asalto, cuando bastaba con cercarla hasta que los defensores se rindieran por pura inanición. Esta decisión le costó no pocas bajas entre los suyos y un sufrimiento atroz para los asediados, incluida la destrucción de su ciudad. Está claro que, pese a la pericia táctica que le han atribuido algunos historiadores, no tuvo una formación militar, ni más graduación que la de capitán. Pero, además fue un grado que le otorgaron sus hombres en Veracruz, más cívico que militar. Como es bien sabido, no fue nunca el capitán de un ejército sino el de una hueste. Así, cuando en 1541 tomó parte en la desastrosa campaña de Argel los demás militares de graduación se negaron a aceptarlo en el consejo de guerra, dando

<sup>108</sup> Una idea que repitieron otros cronistas, como Cervantes de Salazar en palabras muy parecidas. Cervantes de Salazar, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, Vol. II, Madrid, Atlas, 1971, p. 228.

por fracasada la empresa y desoyendo la opinión del extremeño que seguía confiando en la victoria.<sup>109</sup>

Como puede observarse, ni siquiera el propio Cortés se consideró a sí mismo un militar. Él era un hombre de letras, con grandes dotes diplomáticas. Nada parecido al genio militar de Alejandro Magno, de Julio César, del Gran Capitán, o mucho después, de Napoleón Bonaparte. Pero, incluso, en el mismo siglo XVI hubo destacados capitanes, al servicio de la monarquía hispánica, que destacaron por su astucia y su ingenio militar, desde el Marqués de Pescara a Alejandro Farnesio, pasando por Hugo de Moncada o Antonio de Leyva. El primero de ellos, el Marqués de Pescara, que se consideraba a sí mismo un discípulo de Julio Cesar, fue un auténtico maestro en la táctica del asalto nocturno, diseñando asimismo una eficaz formación de arcabuceros que hicieron verdaderos estragos entre sus enemigos.<sup>110</sup> Muchos de ellos luchaban victoriosamente en Italia, mientras Cortés tomaba Tenochtitlan. Y los enemigos mexicas, aunque muy superiores en número, no tenían ni un ápice de la capacidad de los capitanes franceses, italianos o turcos. No obstante, debemos decir en su defensa que supo rodearse de un grupo notable de capitanes, muchos de ellos con más experiencia militar que él, a los que siempre consultaba antes de entrar en combate. Y es que ingenio y capacidad no le faltaban, aunque no tuviese una formación militar.

Se ha destacado su capacidad diplomática, así como su don de gentes. Y realmente debemos reconocer que se trató de su gran virtud, es decir, del rasgo más destacado de su personalidad. Tuvo siempre un enorme poder de convocatoria entre los hispanos y una capacidad extraordinaria para utilizar a su antojo a los aborígenes. Siempre conseguía que sus huestes hicieran piña en torno a su líder, hasta el punto que, según Bernal Díaz, *todos pusiéramos la vida por él*. Con respecto a los indios, firmó numerosos pactos guatiao<sup>111</sup> de amistad. Conocemos el caso del cacique de Clacupanalo, que adoptó el nombre de Antonio Cortés y que recibió un escudo de armas por su colaboración con

<sup>109</sup> Incluso se mofaron de él, porque al parecer, ante la insistencia del metellinense, uno de los capitanes comentó: *Este animal cree que tiene que vérselas con sus indiecitos porque allí bastaban diez hombres a caballo para aniquilar a veinticinco mil*. Los miembros consultados fueron Andrea Doria, el Duque de Alba y el virrey de Sicilia. García Mercadal, Juan, *Juan Andrea Doria. Condottiero y Almirante del Emperador Carlos V (1466-1560)*, Madrid, Editorial Gran Capitán, 1944, p. 200.

<sup>110</sup> Existe una extensa bibliografía sobre la guerra en la Italia Moderna. Sin embargo, puede verse unas recientes y certeras valoraciones en el trabajo de Alonso Baquer, Miguel, “La Escuela Hispano-Italiana de Estrategia”, en *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica*, T. I, Madrid, 2006, pp. 367-377.

<sup>111</sup> En cuanto al concepto de guatiao, el afamado lingüista José Juan Arrom, escribió que el vocablo guatiao equivalía al compadrazgo castellano, pues, *mediante el sacramento del bautismo, padres y padrinos quedan unidos en indisoluble relación*. . . Arrom, José Juan, *Aportaciones lingüísticas al conocimiento de la cosmovisión taína*. Santo Domingo, Fundación García-Arévalo, 1974, p. 16. Por su parte, el filólogo Emiliano Tejera, definió el concepto como un *cambio de nombre entre dos personas, como prenda de amistad*. Tejera, Emiliano, *Palabras indígenas de la isla de Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1951, p. 245.

los hispanos en la conquista de México.<sup>112</sup> También nos consta que Gonzalo Mazatzin, cacique de Tepexi, estableció una alianza con el metellinense para someter por su cuenta, sin el concurso de españoles, a los naturales que vivían al sur de la ciudad de Puebla.<sup>113</sup> Es obvio que una parte de la élite se situó junto a los hispanos, con la idea de mantener, recuperar o ampliar sus privilegios.

Asimismo, tuvo una habilidad excepcional para captar rencillas entre sus enemigos y conseguir aliados. Según Las Casas, Cortés *se holgó de hallar en aquella tierra unos señores enemigos de otros*. Pero esta táctica de buscar alianzas era tan antigua como la guerra misma. Ya en la Reconquista, los reinos cristianos mantenían unas habilidosas relaciones con las distintas taifas, aprovechándose de las disputas internas entre unas y otras. Pero había precedentes mucho más cercanos, tanto en el tiempo como en el espacio. Recuérdese en La Española, la alianza de Cristóbal Colón con el cacique Guacanagarí en la última década del siglo XV, para derrotar a los demás reyezuelos de la isla.

También debemos destacar su habilidad psicológica, pues supo captar la mentalidad de los naturales de Nueva España para manipularlos a su antojo. Obviamente, desconocía los detalles de la cosmovisión indígena pero no tardó en percibir el tratamiento de dioses que muchos mexicas, y en especial su líder, Moctezuma, le rendían. Y supo aprovecharse inteligentemente de ello, reforzando la idea de su divinidad, es decir, confirmando o al menos no negando que se tratase efectivamente de Quetzalcóatl que retornaba a su reino.<sup>114</sup> Y la táctica le sirvió para entrar en Tenochtitlan de forma pacífica. A la larga,

<sup>112</sup> Real Cédula a Antonio Cortés, concediéndole escudo de armas, Barcelona, 3 de marzo de 1564. A.D.A., Carp. 238, Leg. 2.

<sup>113</sup> Girón, Felipe A.: “Las fuentes indígenas y la historiografía mesoamericana: nuevos enfoques sobre la conquista de Guatemala”, *Mesoamérica* N. 50, 2008, p. 268.

<sup>114</sup> Muchos indios así lo creyeron; también en las Antillas Mayores en los primeros años los españoles fueron tomados por dioses y hay abundantes testimonios al respecto. No obstante, no hay acuerdo sobre si realmente Moctezuma creyó realmente que era Quetzalcóatl o si fue un invento de la historiografía posterior. Véase, por ejemplo a Gillespie, Susan D., *Los reyes aztecas. La construcción del gobierno en la historia mexicana*, México, Siglo XXI, 1993, pp. 231-270. Por su parte John Elliott, afirma que su pasividad se debió más bien a un intento de evitar un derramamiento de sangre o para salvar su propia vida. Elliott: *Ob. Cit.*, p. 16. Sin embargo, es imposible que Cortés inventase el mito de Quetzalcóatl lo que ha llevado a Miguel León Portilla a sostener que, al menos hasta la matanza del Templo Mayor, fue una idea extendida entre los mexicas y entre el propio Moctezuma. León-Portilla, Miguel, “Quetzalcóatl-Cortés en la conquista de México” *Historia Mexicana* T. XXIV, N. 1, julio septiembre de 1974, pp. 13-35. Por su parte, Tzvi Medin, fundamentándose en la cosmovisión mexicana, sí cree en la posibilidad de que al menos temporalmente Moctezuma los tomase por dioses. En un mundo tan místico como el mexicana, donde el propio Moctezuma se consideraba un semidiós, nada tenía de particular. Es más, afirma este historiador, que es posible que algunos pueblos sojuzgados en la periferia de su imperio, intencionadamente magnificaran y divulgaran el carácter divino de los extranjeros. Medin, Tzvi, *Mito, pragmatismo e imperialismo. La conciencia social en la conquista del imperio azteca*, Madrid, Iberoamericana, 2009, pp. 138-139 y 176-177.

este precioso tiempo que ganó fue determinante para la conquista final de la confederación mexicana.<sup>115</sup>

Pese a su clarividencia, debemos reconocer que tampoco era nueva esta táctica de la que existen amplios precedentes en el área caribeña, mucho antes de la Conquista de México. Asimismo, su recurrente decisión de aterrorizarlos con disparos de bombardas, eran estrategias ampliamente utilizadas desde que los primeros españoles pusieron pié en el Nuevo Mundo. En este sentido, escribió Pedro Mártir de Anglería que Colón ordenó disparar bombardas a los indios, pero sin hacer diana deliberadamente porque, *aterrorizados con el estruendo, caen todos a tierra, piden la paz y comercian mutuamente...* Cortés, cada vez que llegaban embajadores de Moctezuma, improvisaba un teatro al aire libre en el que, lo mismo hacía trotar a un grupo de caballos repletos de cascabeles, que les ponía la aterradora sinfonía de las bombardas. Una verdadera guerra psicológica que, aunque no era nueva, le permitió entrar pacíficamente en Tenochtitlan.

Ahora, bien, eso sí, Cortés fue siempre un ardoroso combatiente, como afirmó hace ya bastantes décadas el Marqués de Polavieja. Un combatiente que aunó al menos dos de las tres virtudes que las *Siete Partidas* señalaban como cualidades esenciales de todo buen capitán, es decir, sentido común y una capacidad de sufrimiento excepcional.<sup>116</sup> Los nativos se resistieron, pero las diferencias eran abismales, no sólo estratégicas sino también armamentísticas. Aceros toledanos, ballestas y pólvora frente a frágiles espadas de madera con filos de obsidiana, flechas, piedras y mazas de madera o macanas.<sup>117</sup>

Los naturales confiaban en el gran poder de algunos de sus líderes semidivinos, como el temido y a la vez respetado tlatoani Moctezuma.<sup>118</sup> Sin embargo, para desgracia y desánimo de los nativos, el miedo o la excesiva precaución atenazó a su tlatoani, al único que tenía el poder suficiente como para frenar la ocupación, al menos temporalmente. Éste tenía cientos de espías que le

<sup>115</sup> La confederación estaba encabezada por Tenochtitlan, y le seguían en rango Texcoco y Tacuba. Sin embargo, parece que había otras ciudades confederadas, aunque de menor envergadura, como Coyoacán o Cuautitlán. Motolinía, fray Toribio de Benavente, *Historia de los indios de la Nueva España*, Madrid, Dastin, 2001, pp. 232-233.

<sup>116</sup> *Es fuerza, y maestría, y seso, son tres cosas que convienen en todas guisas que hayan los que bien quieren guerrear. Que por esfuerzo serán cometedores. Y por maestría, maestros de hacer la guerra, guardando a sí, y haciendo daño a sus enemigos. El seso les hará que obren de cada una de éstas, en el tiempo y en lugar que conviniere.* Las Siete partidas. Barcelona, Imprenta de Antonio Bergnes, 1844, T. III, Tit. XXIII, ley 5, pág. 872. (La actualización de las grafías es mía).

<sup>117</sup> Los indios Caribes de las Antillas Menores, usaban flechas envenenadas. Es plausible pensar que los mexicas las conocieran pero que no la utilizaran por no contaminar la carne de los cautivos que después iban a comerse. Lee Marks, Richard, Hernán Cortés. *El gran aventurero que cambió el destino del México azteca*, Barcelona, Vergara, 2005, p. 99.

<sup>118</sup> Prueba de esta confianza es que cuando los indios de Cholula eran masacrados, según el padre Las Casas, afirmaban: ¿Por qué nos mataís?, andad, que a México iréis, donde nuestro universal señor Moctezuma de vosotros nos hará venganza. Las Casas, fray Bartolomé, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (ed. de José Miguel Martínez Torrejón), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009, p. 44.

informaban de cada una de las batallas que ganaba el de Medellín por lo que, a medida que se aproximaba a Tenochtitlan, su inquietud se iba acentuando. Llama la atención la pasividad de una persona que, antes de ser nombrado el tlatoani o emperador, había sido un intrépido y cruel caudillo, vencedor en muchas batallas.

Pero probablemente se dejó obsesionar por esos mitos indígenas que auguraban periódicamente el cambio de ciclo. Desde que escuchó hablar de las andanzas de los extranjeros en Tierra Firme, comenzó a sospechar que el final de su era se aproximaba. Un pesimismo crónico, auspiciado por la cosmovisión mexica, que contribuyó de manera considerable a su derrota final. Muy probablemente si Moctezuma hubiese presentado una resistencia militar inmediata, como lo hicieron otros líderes indígenas menores, la conquista de Tenochtitlan hubiese sido más dificultosa y, su caída se hubiese demorado bastante más tiempo.

Tampoco se le puede considerar, como se ha escrito, un *bienhechor de indios*, a los que supuestamente *tuteló y amparó*.<sup>119</sup> Su actitud piadosa distó mucho de parecerse a la de un fraile como Bartolomé de Las Casas o a la de un pacifista como Erasmo de Róterdam, entre otras cosas porque de haber sido así jamás hubiese conquistado un imperio. No olvidemos que cuando debió actuar con crueldad lo hizo. Así, por poner varios ejemplos, en agosto de 1519 mandó cortar las manos a medio centenar de mujeres tlaxcaltecas que, con la excusa de llevarles comida, se habían introducido en el campamento para espiarlos. A continuación, las soltaron para que llevasen a sus pueblos el mensaje y supieran, en palabras de Bernal Díaz, *quiénes éramos*.

La famosa matanza de Cholula fue ordenada directamente por él, al igual que la pena de muerte que dictó contra el jefe tlaxcalteca Xicotencatl *El Mozo*, tras su traición, justo después del episodio de la Noche Triste. Claro está que ambas decisiones estuvieron bien medidas y le permitieron una obediencia ciega, primero de los cholultecas y luego de los tlaxcaltecas.

Pero, incluso, después de la Conquista, establecido ya como encomendero, tampoco les dispensó un trato especialmente compasivo. Aunque promulgó unas ordenanzas defendiendo su buen tratamiento, él mismo fue acusado por los suyos de hacer lo contrario. De hecho, los naturales de Cuernavaca,<sup>120</sup> en el actual Estado mexicano de Morelos, en 1533, le imputaron un delito de malos

<sup>119</sup> Así lo han afirmado numerosos historiadores como Martín Berrío, citando a fray Toribio de Benavente. Martín Berrío, Raúl, "Hernán Cortés: la fe, aspecto fundamental en la empresa de conquista y pacificación", en *Quinientos años del nacimiento de Hernán Cortés*, Madrid, 1985, p. 128. También Constantino Bayle habló de *su amor a los indios*. Bayle, Constantino, "Cortes, padre de los indios", *separata de la Revista de Estudios Extremeños*, Badajoz, 1948, p. 6.

<sup>120</sup> Como de costumbre, el nombre procede de la castellanización del topónimo náhuatl Cuauhnáhuac. Lee Marks, Ob. Cit., p. 210.

tratos reiterados, así como de cobrarles excesivos tributos y hasta servicios personales. Llegaron a testificar en el juicio que el Marqués del Valle no los trataba *como a vasallos sino como a esclavos*. En el inventario de sus bienes, que se realizó en Cuernavaca, el 26 de agosto de 1549, se contabilizaron 188 indios esclavos, una veintena de ellos naturales de Tlaxcala. Tampoco tuvo problemas de conciencia para adquirir mano de obra esclava cuando las necesidades de mano de obra en su señorío le apremiaron.<sup>121</sup> Como casi todas las personas de su época aceptó la esclavitud como una institución legal y hasta legítima.

Sabía el extremeño tener medida, pero también era capaz de actuar con todo el rigor cuando las circunstancias así lo requerían. En 1521, no le tembló la mano cuando decretó la horca para Antonio de Villafaña. Éste, había protagonizado poco antes un levantamiento contra él con la intención de colocar en su lugar a Francisco Verdugo, cuñado del teniente de gobernador Diego Velázquez.

## Conclusión

Afirma Bartolomé Bennassar que Hernán Cortés fue el único conquistador al que se le podía considerar como genial.<sup>122</sup> Y lo fue, pero no tanto por la conquista de la Confederación Mexica como por su capacidad para fascinar a miles de personas a lo largo de cinco siglos. Sin duda ganó la batalla de la dialéctica, logrando su gran objetivo que no era otro que el de la trascendencia. Ya lo dijo Manuel Azaña, el presidente de la II República, quien destacó *su anhelo de inmortalidad* frente a lo mundano, su deseo de *no haber pasado en vano*.<sup>123</sup> Y tanto es así que cinco siglos después, sigue siendo un personaje semilegendario que fascinando a miles de personas en muy diversos rincones del mundo.

Creo que está claro que su conversión en héroe partió de su propia pluma, con la que hechizó a toda una legión de escritores a lo largo de cinco siglos. El gran padre Las Casas fue el primero que lo dijo con una claridad meridiana. El dominico siempre fue una persona excesiva, sobre todo en lo que a la defensa de los indios se refería, pero con frecuencia da en el clavo: el *astuto* metellinense *tiene hasta hoy engañado al mundo*, sobre sus verdaderas intenciones que no eran otras que enriquecerse a costa del esfuerzo y de la sangre de los naturales.<sup>124</sup> Su capacidad de manipulación y de engaño fue siempre excepcional y lo mismo lo hacía con sus compañeros que con los naturales. López de Gómara relata lo ocurrido en Honduras, cuando descubrió la conspiración de Cuauhtémoc a través de un indígena llamado Mexicalcinco. Los naturales creyeron que el

<sup>121</sup> De hecho, en 1542, suscribió un contrato con el mercader genovés Leonardo Lomellino para que le enviase desde Cabo Verde 500 esclavos que pretendía vender en Nueva España a 66 ducados la pieza. Mira, Hernán Cortés, pp. 295-296.

<sup>122</sup> Bennassar, *Ob. Cit.*, p. 322.

<sup>123</sup> Azaña, Manuel, *El Idearium de Ganivet (1921-1930)*, T. I. México, Ediciones Oasis, 1966, p. 581.

<sup>124</sup> Las Casas, *Ob. Cit.*, T. III, p. 222.



metellinense podía conocer sus pensamientos a través de la brújula que portaba algo que el propio conquistador les confirmó.<sup>125</sup> Su capacidad para tergiversar hechos y para engañar a unos y a otros fue verdaderamente excepcional.

La literatura posterior, desde la segunda mitad del siglo XVI se encargó de perpetuar la figura del héroe, equiparándolo con personajes clásicos legendarios o divinos como Ulises, Aquiles, Hércules, Alejandro Magno, el Cid Campeador o Julio César. Una historiografía laudatoria que se prolongó en México hasta la Guerra de la Independencia y en España prácticamente hasta nuestros días.<sup>126</sup>

Obviamente, Hernán Cortés era una persona, un conquistador más del siglo XVI en busca de honra y fortuna. No fue un gran estratega, ni un mesías, ni un pacifista laico, pero sí fue un personaje singular precisamente por su carisma y por su capacidad para crear una leyenda que todavía perdura en nuestros días.

### Bibliografía

- Alonso Baquer, Miguel Ángel, “La Escuela Hispano-Italiana de Estrategia”, en *Guerra y Sociedad en la Monarquía Hispánica*, T. I, Madrid, 2006, pp. 367-377.
- Aracil Varón, Beatriz, “Hernán Cortés y sus cronistas: la última conquista del héroe”, *Atenea* N° 499, Concepción, 2009, pp. 61-76.
- , *Yo don Hernando Cortés. Reflexiones en torno a la escritura cortesiana*, Madrid, Iberoamericana, 2016
- Arrom, José Juan, *Aportaciones lingüísticas al conocimiento de la cosmovisión taína*, Santo Domingo, Fundación García-Arévalo, 1974.
- Azaña, Manuel: *El Idearium de Ganivet (1921-1930)*, T. I. México, Ediciones Oasis, 1966.
- Baraibar, Álvaro, “Hernán Cortés en la Historia general y natural de las Indias de Gonzalo Fernández de Oviedo”, *Revista Complutense de Historia de América*, vol. 40, 2014, pp. 139-154.
- Bayle, Constantino, “Cortes, padre de los indios”, *separata de la Revista de Estudios Extremeños*, Badajoz, 1948.
- Bennassar, Bartolomé, *Hernán Cortés. El conquistador de lo imposible*, Madrid, Temas de Hoy, 2002.
- Bermúdez Ruiz, Roberto, “Diplomacia de Cortés”, *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Universidad, 1986, pp. 89-94.
- Cervantes de Salazar, Francisco, *Crónica de la Nueva España*, 2 vols. Madrid, Atlas, 1971.
- Cortés, Hernán, *Cartas de relación*, ed. de Mario Hernández, Madrid, Historia 16, 1985.
- Cozzani, Fabio, *Hernán Cortés, L'Uomo che ha salvato il Messico*, Viareggio, Edizioni Cinque-marzo, 2018.
- Denisova, Natalia K., *Filosofía de la Historia de América. Los cronistas de Indias en el pensamiento español*, 2 vols, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2017.
- Díaz del Castillo, Bernal, *Historia Verdadera de la conquista de Nueva España*, ed. de Guillermo Seres, Madrid, R.A.E., 2011.
- Duverger, Christian, *Crónica de la Eternidad*, Madrid, Taurus, 2013.

<sup>125</sup> López de Gómara, *Ob. Cit.*, T. II, pp. 253-254.

<sup>126</sup> En el caso de México los historiadores criollos asumieron la herencia de los conquistadores, contraponiendo sus intereses a los de los peninsulares. En el momento de la Independencia se produjo un breve paréntesis en el que construyeron un nuevo relato, ensalzando su pasado prehispánico. Y todo debido simplemente a los intereses políticos y sociales de la clase criolla dominante. Véase a Denisova, N. K. *Filosofía de la Historia de América. Los cronistas de Indias en el pensamiento español*, T. II, Madrid, Fundación Universitaria Española, 2017, p. 369.

- , *Hernán Cortés. Más allá de la leyenda*, Madrid, Taurus, 2013.
- Egío, José Luis, “Acciones y virtudes políticas del Cortés de Gómara. Trascendencia secular de un juego de espejos”, en *Miradas sobre Hernán Cortés*, María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer, Coords., Madrid, Iberoamericana, 2016, pp.151-178..
- Elliott, John H., “El encuentro entre dos mundos”, en *Hernán Cortés y México*, Sevilla, Diputación Provincial, 2000.
- , *España y su mundo 1500-1700*, Barcelona, Taurus, 2018.
- Esteve Barba, Francisco, *Historiografía Indiana*, Madrid, Editorial Gredos, 1992.
- Fernández Domingo, Jesús Ignacio, *Estudio del testamento de don Hernando Cortés, marqués del Valle de Oaxaca*, Badajoz, Diputación Provincial, 1999.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia General y Natural de las Indias*, T. IV, Madrid, Atlas, 1992.
- García Mercadal, Juan, *Juan Andrea Doria. Condottiero y Almirante del Emperador Carlos V (1466-1560)*, Madrid, Editorial Gran Capitán, 1944.
- Gillespie, Susan D., *Los reyes aztecas. La construcción del gobierno en la historia mexicana*, México, Siglo XXI, 1993.
- Girón, Felipe A.: “Las fuentes indígenas y la historiografía mesoamericana: nuevos enfoques sobre la conquista de Guatemala”, *Mesoamérica* N. 50, 2008, págs. 264-270.
- González, Juan Bautista, “El juego de la estrategia en la conquista de América”, *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Universidad, 1986, pp.67-87.
- Iglesia, Ramón, *Cronistas e historiadores de la conquista de México. El ciclo de Hernán Cortés*, México, El Colegio de México, 1980.
- Izard, Miquel, *El rechazo a la civilización. Sobre quienes no se tragarón que las Indias fueron esa maravilla*, Barcelona, Península, 2000.
- Jarquín Pacheco, Ana María y Martínez Vargas, Enrique, “Tecoaque: encuentro entre dos mundos en una página de la conquista de México”, *Itinerario de Hernán Cortés, Catálogo de la exposición*, Madrid, Canal Isabel II, 2015, pp. 133-143.
- Kohut, Karl, “Hernán Cortés, héroe imperial”, en *Miradas sobre Hernán Cortés*, María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer, Coords., Madrid, Iberoamericana, 2016, pp. 67-85.
- Las Casas, fray Bartolomé de, *Historia de las Indias*, T. II, Santo Domingo, Ediciones del Continente, 1985.
- , *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (ed. de José Miguel Martínez Torrejón), Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2009
- Lee Marks, Richard, *Hernán Cortés. El gran aventurero que cambió el destino del México azteca*, Barcelona, Vergara, 2005.
- Leonetti, Francesca, “De nuevo sobre la Historia verdadera de la conquista de la Nueva España; algunas reflexiones en defensa de la paternidad de Bernal”, *eHumanista* 24, 2013, pp. 538-550.
- López de Gómara, Francisco, *Historia General de las Indias, conquista de México (segunda parte)*, Barcelona, Orbis, 1985.
- López Martín, Ismael, “José Cadalso y el proceso de reinterpretación neoclásica de Hernán Cortés como héroe nacional y personaje literario”, *XLIV Coloquios Históricos de Extremadura*. Trujillo, 2016, pp. 49-71.
- Madariaga, Salvador de, *Hernán Cortés*, Buenos Aires, Austral, 1958.
- Martín Berrío, Raúl, “Hernán Cortés: la fe, aspecto fundamental en la empresa de conquista y pacificación”, en *Quinientos años del nacimiento de Hernán Cortés*, Madrid, 1985, pp. 127-143.
- Martínez, José Luis, *Hernán Cortés*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- , “Fortuna e infortunio de Hernán Cortés”, en *Hernán Cortés y México*, Sevilla, Diputación Provincial, 2000, pp. 93-123.

- Martínez Martínez, Julio Gerardo, “Paralelismo entre la estrategia y tácticas de conquista del reino Nazarí de Granada y aquellas otras utilizadas por Hernán Cortés en la conquista de México”, *Anuario de la Facultad de Derecho* N° 5, Cáceres, 1987, pp. 403-407.
- Martínez Martínez, M<sup>a</sup> del Carmen, “Francisco López de Gómara y Hernán Cortés: nuevos testimonios de la relación del cronista con los marqueses del Valle de Oaxaca”, *Anuario de Estudios Americanos* vol. 67, T. 1, Sevilla, 2010, pp. 267-302.
- Matthew, Lara y Oudijk, Michel R. (Eds.), *Indian Conquistadors: Indigenous allies in the conquest of Mesoamerica*, Norman, University of Oklahoma Press, 2007.
- Mayer, Alicia, “La leyenda negra en la Nueva Inglaterra colonial (siglos XVII y XVIII)”, en *La sombra de la leyenda negra*, María José Villaverde Rico y Francisco Castilla Urbano (Dir.), Madrid, Tecnos, 2016, pp. 173-200.
- , “Darle a su piedad religiosa el lugar primero. Hernán Cortés como héroe de la gesta cristianizadora en México”, en *Miradas sobre Hernán Cortés*, María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer, Coords., Madrid, Iberoamericana, 2016, pp. 179-203.
- Medin, Tzvi, *Mito, pragmatismo e imperialismo. La conciencia social en la conquista del imperio azteca*, Madrid, Iberoamericana, 2009.
- Mendieta, fray Gerónimo de, *Historia Eclesiástica Indiana*, México, Porrúa, 1980.
- Mira Caballos, Esteban, “Refutaciones a Crónica de la Eternidad”, en <https://larepublicacultural.es/articulo7143> publicado el 11 de junio de 2013.
- , *Hernán Cortés, mitos y leyendas del conquistador de Nueva España*, Badajoz, Fundación Obra Pía de los Pizarro, 2017.
- Miralles, Juan, *Hernán Cortés. Inventor de México*, Barcelona, Tusquets, 2001.
- Motolinía, fray Toribio de, *Historia de los indios de la Nueva España*, Madrid, Dastin, 2001.
- , *Historia de los indios de Nueva España*, Mercedes Serna y Bernat Castany (eds.), Madrid, Real Academia Española, 2014.
- Navarro García, Luis, “El líder y el grupo en la empresa cortesiana”, en *Hernán Cortés y su tiempo*, T. II, Mérida, Editora Regional de Extremadura, 1987, pp. 671-684.
- Navarro González, Alberto, “Hernán Cortés en la literatura española”, *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Universidad, 1986, pp. 515-537.
- Obregón, Baltasar, *Historia de los descubrimientos de Nueva España*, Eva M<sup>a</sup> Bravo, ed., Sevilla, Ediciones Alfaro, 1997.
- Oudijk, Michel R. y Matthew Restall, *Conquista de buenas palabras y de guerra: una visión indígena de la conquista*, México, U.N.A.M., 2013.
- Pereyra, Carlos, *Hernán Cortés*, México, Espasa-Calpe, 1969, (1<sup>a</sup> edición de 1930).
- , *Francisco Pizarro y el tesoro de Atahualpa*, Madrid, Editorial América, s.a.
- Prescott, Guillermo, *Historia de la Conquista del Perú*, Madrid, Ediciones Istmo, 1986.
- Pohl, John MD., “La guerra y el armamento entre los aztecas”, *Itinerario de Hernán Cortés, Catálogo de la exposición*, Madrid, Canal Isabel II, 2015, pp. 103-107.
- Quatrefages, René, *Los tercios españoles, 1567-1577*, Madrid, 1979.
- , *La Revolución Militar Moderna. El crisol español*, Madrid, 1996.
- Quintanilla Raso, M<sup>a</sup> Concepción, “La nobleza”, en *Orígenes de la Monarquía Hispánica: propaganda y legitimación (Ca. 1400-1520)*, Nieto Soria, José Manuel (Dir.), Madrid, Dykinson, 1999, pp. 63-103.
- Ramos Pérez, Demetrio, “La ideología de la Nueva Cristiandad de Hernán Cortés y sus gestiones romanas: en torno al problema de su hospital de México”, *Memorias de la Real Academia de Extremadura de las Letras y de las Artes*, Vol. 1, Trujillo, 1983, pp. 331-355.
- , “Cortés en Salamanca”, *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Universidad, 1986, pp. 403-413.

- Ramis Bannasar, A. y Villalonga Bannasar, B., *Formación del Espíritu Nacional. Primer curso de las Escuelas de Magisterio*, Madrid, Delegación Nacional del Frente de Juventudes, 1954-
- Restall, Matthew, *Los siete mitos de la conquista española*, Barcelona, Paidós, 2004.
- Rubial García, Antonio, “Hernán Cortés. El mito. Creación, desarrollo, decadencia y transformación de una figura heroica”, en *Miradas sobre Hernán Cortés*, María del Carmen Martínez Martínez y Alicia Mayer, Coords., Madrid, Iberoamericana, 2016, pp. 205-232.
- Rumeu de Armas, Antonio, *Historia de la previsión social en España. Cofradías, gremios, hermandades, montepíos*, Madrid, Editorial Revista de Derecho Privado, 1944.
- Segura Baena, Antonio, *¿Qué hizo España en América?* Madrid, Ergatorre, 2007.
- Seres, Guillermo, “El verdadero autor de la Historia Verdadera”, *El País*, 21 de febrero de 2013.
- Solís, Antonio de, *Historia de la conquista de México*, ed. de Edmundo O’ Gorman, México, Porrúa, 1996.
- Spengler, Oswald, *La decadencia de Occidente*, T. II, Madrid, Austral, 2002.
- Taladoire, Eric, “La guerra de dos mundos”, *Estudios de Cultura Náhuatl* N. 42, México, UNAM, 2012, pp. 63-75.
- Tejera, Emiliano, *Palabras indígenas de la isla de Santo Domingo*, Ciudad Trujillo, Editora del Caribe, 1951.
- Thomas, Hugh, *Quién es quién de los conquistadores*, Barcelona, Salvat, 2001.
- , “La Casa de la Contratación: novelas caballerescas-acciones caballerescas”, en *La Casa de la Contratación y la navegación entre España y las Indias*, Antonio Acosta Rodríguez, Adolfo González Rodríguez y Enriqueta Vila Vilar, Coords., Sevilla, 2003, pp. 1063-1072.
- Todorov, Tzvetan, *La conquista de América. El problema del otro*, México, Siglo XXI, 1999.
- Torre Villar, Ernesto de la, “El mundo americano de Hernán Cortés”, *Actas del Primer Congreso Internacional sobre Hernán Cortés*, Salamanca, Universidad, 1986, pp. 415-423.
- Vaca de Osma, José Antonio, *Hernán Cortés*, Madrid, Espasa Calpe, 2000.
- Vargas Machuca, Bernardo de, *Apologías y discurso de las conquistas Occidentales*, Ávila, Junta de Castilla y León, 1993.
- Vélez, Iván, *El mito de Cortés. De héroe universal a icono de la Leyenda Negra*, Madrid, Ediciones Encuentro S.A., 2016.
- Vélez Jiménez, Palmira, “La imagen del conquistador en la historiografía liberal española: un cuadro de luces y sombras”, *VII Congreso Internacional de Historia de América*, José A. Armillas Vicente, (ed.), Zaragoza, 1998, pp. 1983-1992.
- Zinni, Mariana C., “Mímesis y ejemplaridad en las rodillas de Hernán Cortés: Prolegómenos de la evangelización del Nuevo Mundo”, *Hipertexto* N. 13, 2011, pp.75-92.

